

¡Estos críticos!

Escribe: OCTAVIO AMORTEGUI

Desde Caín hasta nuestros días el hombre admira con dolor. A veces admira únicamente para que le admiren por lo admirable de su admiración. Máxime si sus conceptos van contra la opinión general, así sea esta, como en la mayoría de los casos, soterradamente burlona.

La crítica solo debiera ser asequible a quienes, a su vez, tienen obra. Es decir, a los que igualmente dan asidero para los juicios. A los que no se han dejado convencer de Mark Twain (Poco Fondo) cuando preconizó que “a pesar de no haber puesto jamás un huevo, estaba mejor capacitado para juzgar una tortilla que la gallina más inteligente de los Estados Unidos...”.

En Colombia se gira en torno a un círculo vicioso: “No hay críticos, porque no hay obra. Y no hay obra, porque no hay críticos”. Y eso no es verdad. Obra la hay y la ha habido siempre y de extraordinaria calidad, en todas las artes y las ciencias. Como ha habido grandes poetas. Desde aquellos de la Colonia hasta los de hoy que —como el personaje de Moliere— escriben en prosa sin darse cuenta.

Antiguamente se decía: “el que no sabe construir, adorna”. Hoy pudiera decirse: “el incapaz de crear, critica”. Y critica con suficiencia y pugnacidad, para impresionar, para que le crean. Ignora aquello de *el intelletto d'amore*. No sabe colocar la obra, como el joyero la piedra preciosa, a todas las luces, para gozar del fulgor que le devuelve el prodigio de sus facetas. Y es que, comprender es abarcar. Y para abarcar hay que ser superior... en algo. Y entre nosotros —con dilectísimas excep-

ciones— el crítico no pasa de ser un resentido que ha querido hacer de un mal vino un buen vinagre.

Se sabe de la Maestranza que es la Plaza de Toros más exigente de España y de el mundo taurómico. La que más *pesa*. ¿Y por qué? Precisamente porque sus tendidos se colman de malletillas y torerillos fracasados y por ende rencorosos y amargados. Y como tales, minuciosos en el juicio e implacables en la sentencia. “Que me hunda yo, pero que no surjan los otros”. Tal es su cifra y su lema.

De los críticos ha escrito el psicoanalista Bergler: “Tal vez no se debería ser demasiado severo con los críticos. Podrían hasta llegar a ser un mal necesario siempre que nos convenciesen de que solo excluyen lo malo. Sin embargo, muy a menudo pasamos por la experiencia de un buen libro o de una buena obra dramática, *hundidos* por los críticos. Lo que más disgusta en ellos es algo de lo que en realidad no son responsables: la falta de crítica con que se reciben sus críticas... La falta de *sindéresis* con que se aceptan sus juicios y sus dictados”.

Ello es así. Sobre todo en la época actual en que la crítica es apenas un renglón de la propaganda comercial, sin la cual no hay salvación. ¡Cosas de los tiempos! Vivimos en el momento abyecto del abyecto mercantilismo. Todos a la caza de un adjetivo calificativo que supere y pulverice al *eslogan* del competidor de turno. De ahí el que proliferen —¡y de qué forma!— las agencias de difusión y publicidad.

Entre nosotros la crítica se reduce a la simple divulgación en una nota cordial de amigo entrañable, o a la campana neumática del silencio, que no es más que un anticipo del olvido, fase de el tiempo; en veces, a la diatriba sarcástica que avienta y pulveriza, como una ola bravía, nuestro castillo de arena...

Alguien decía que para construir un mingitorio público se requieren —aparte de un dibujante proyectista, un arquitecto planificador, un urbanista y un profesor de higiene— un maestro de obra, un alarife, oficiales y mediascucharas, algunos peones acarreadores y el concurso de varias empresas de material. Sin olvidar niveles, reglas, compases, plomadas, decímetros, barras, picas, garlanchas, azadones, llanas, palustres, zandadas, cuerdas, andamios y poleas: y que en cambio para destruir el Partenón vasta y sobra con un jornalero y una piqueta demoledora... ¿Será verdad?

Narra Cervantes en uno de sus extraordinarios cuentos de locos y de perros; y con “su estilo inactual” y “su prosa anticuada”, (según opinión de nuestros intelectuales de la última ola) que por la ciudad de Sevilla apareció un orate con la más original y curiosa de las manías: tomaba el tal un perrillo faldero, le introducía por salva sea la parte un cañuto y, soplando con todas sus fuerzas, ponía al mísero chucho redondo como una bola. Luego, volviéndose al corro de palurdos que le contemplaban atónitos, les decía:

¿Creen vuestas mercedes que es muy fácil inflar un perro? Pues aquí tienen el falderillo y aquí el cañuto: ¡Inténtelo!

Y el manco que, como se pudo apreciar con el paso de las centurias, no lo era tanto, sacaba la moraleja aleccionadora: —¿Creen vuestas mercedes que es muy fácil escribir un libro? Pues aquí tienen la péñola y aquí el papiro... ¡Manos a la obra!

* * *

Se cuenta de Mozart, que hallándose un día laborando, como siempre, en su Palacio de Cristal, se le presentó un muchacho, su amigo y secretario, con quien había recorrido de gira todas las grandes ciudades de Europa. El adolescente con la timidez de rigor, suplicó el patrocinio del maestro, caso de merecerlo, para estrenar una sinfonía que había creado. A Mozart le agradó la obra, apoyó al muchacho, se estrenó la sinfonía y se la pulverizaron los críticos. El artista en ciernes, profundamente afligido, prometió no reincidir en sus días.

El maestro, al que, claro, ni le dolían ni podían dolerle prendas, llamó al cuitado y le dijo:

—¿Recuerdas nuestras giras por Europa?

—Sí maestro.

—¿Y recuerdas los grandes monumentos ante los cuales nos hemos extasiado por esas grandes ciudades?

—Sí maestro.

—¿Genios, héroes, santos, sabios, pensadores, prohombres, artistas?

—Sí maestro.

—¿Y recuerdas haber visto algún monumento erigido a un crítico?

—No maestro.

—Claro, ¡como que no le hay! Entonces, ¿por qué te preocupas?

* * *

Alguien escribió a don Miguel de Cervantes Saavedra, a propósito de *El Ingenioso Hidalgo* unos versos a manera de misiva en un lenguaje escatológico que haría la felicidad de nuestros noveladores de hoy día:

*“Ese tu Don Quijote baladí
de c... en c... por el mundo va
y al fin en muladares parará”.*

Y ese alguien fue nadie menos que Lope de Vega y Carpio. “*El Monstruo de la Naturaleza*”, como le llamó el propio Manco de Lepanto. Si el Fénix de los Ingenios se equivocó de semejante manera... ¿qué se puede esperar de nuestros modestos zoilos de cabecera?

Solamente una autocrítica implacable nos puede sacar adelante. Cada nuevo libro que salga de nuestra pluma debe ser una ofrenda respetuosa al talento, la erudición y la conciencia del presunto lector. El intelectual desconocido.